

MASCULINO/ FEMENINO: REPRESENTACIONES DE LA HISTORIA
EN PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y TERESA DE LA PARRA

Javier Lasarte Valcárcel
Universidad Simón Bolívar
Caracas
jlasarte@usb.ve

En un pasaje de “El proceso de la literatura”, último capítulo de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), al hablar de la historiografía literaria, José Carlos Mariátegui señalaba la dificultad de aprehender la compleja realidad de la literatura por describir, resaltando lúcida-mente su condición de construcción simbólica:

En la historiografía literaria, el concepto de literatura nacional del mismo modo que no es in-temporal, tampoco es demasiado concreto. No traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización no aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos. (La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable) (1975: 213-4).

De paso, Mariátegui visualizaba una sospecha que los discursos postmodernos consignaron mucho después como punto de partida de sus reflexiones: la premisa de que conceptos como ‘literatura nacional’ o ‘nación’, remiten necesariamente a su condición de artefacto discursivo y reclaman su pertenencia al

En la primera mitad del siglo XX se profundiza y amplía el pensar historiográfico que comenzara a perfilarse en el fin-de-siglo. En ese momento se anticipan las distintas formas de leer la historia producidas en América Latina en lo que resta del siglo XX. Aquí se buscará confrontar críticamente dos posiciones respecto de cómo leer la historia: una, que puso de relieve el carácter continental de los procesos literarios, cifrada en las primeras reflexiones historiográficas de Henríquez Ureña (contenidas en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, 1928); y otra, desde los márgenes de la historiografía, que constituye una lectura que incluso se aproxima, por distintas razones, a un pensar post-moderno, centrada en un texto como “Influencia de la mujer en la formación

Recibido: 2 de octubre de 2007
Aceptado: 20 de noviembre de 2007

ámbito del imaginario. Por la misma razón, el pensar historiográfico destinado a organizar esos fenómenos de un modo sistémico se impregnará de la incertidumbre que define al objeto de estudio y pondrá de manifiesto tanto el carácter de *productor* de sentidos como los *límites* del historiador.

Hoy es convención considerar el discurso sobre la historia un relato que no es del todo disonante respecto del imaginario propio de la ficción y en el que asuntos como la ‘verdad’ o el ‘realismo’ deben ser vistos con las reservas del caso. También es ya convención incorporar ese tipo de discursos a la galería de “invenciones” culturales ligadas al armado simbólico de la nación. Desde los años sesenta Barthes (1984), Foucault (1979 y 1985), White (1992), de Certau (1993) o Hobsbawm (2002), se encargaron de problematizar las ídoles y funciones de la escritura de la historia¹. Desde entonces, ello llevó a que el estudio de la historiografía, más que tranzarse en una pugna por la verdad sobre la historia, adquiriese la forma de una lectura primordialmente *arqueológica*, dedicada a explorar los distintos lugares, condiciones, modos de representación y funciones que las producciones de sentido historiográficas desplegaron en y sobre distintos escenarios del pasado².

A partir de esas nuevas convenciones, mi interés se centrará en describir dos modos de afrontar la lectura de la historia en y sobre América Latina, con énfasis en textos de los años veinte y treinta del académico dominicano Pedro Henríquez Ureña y la narradora venezolana Teresa de la Parra, que, desde escrituras marcadas por la diferencia de género³, prefiguran algunas líneas dominantes del pensar la historia en el continente hasta nuestros

del alma americana” (1931) de la narradora Teresa de la Parra, que decide tempranamente leer la historia desde una perspectiva de género.

Palabras clave: América Latina, Siglo XX, Pedro Henríquez Ureña, Teresa de la Parra, historiografía, historia literaria.

Masculine/ Feminine: Representations of History in Pedro Henríquez Ureña and Teresa de la Parra

In first half of 20th century, some authors deepen and extend the historiographical thinking that began to be outlined at the end of the century. That moment anticipates the different manners in which history was read in Latin America for the remainder of the 20th century. Here, I will critically confront two positions in relation to the reading of history: one, that emphasizes the continental character of the literary processes, focused on the first historiographical reflections of Henríquez Ureña (in *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, 1928); and another, from the margins of historiography, centered

días. En este sentido, resulta llamativo que la revisión de los distintos modos de organizar y, si se quiere, *fabricar* la historia (Certau: 12) sea uno de los aspectos menos atendidos por los estudios literarios y culturales latinoamericanos de hoy⁴, especialmente considerando que, desde sus inicios, la historiografía en general y la historiografía literaria o cultural en particular, se imaginaron como constitutivas de la institucionalidad de la nación y decisivas en la forja de una cultura nacional.

Institucionalidad de la historiografía literaria

Aunque cuente con antecedentes, el inicio de la historiografía literaria, en un sentido moderno y casi siempre restringida al ámbito de lo nacional, habría que ubicarlo en las postrimerías del s. XIX y las dos primeras décadas del XX. Su aparición se enmarcaba en el auge del cientificismo positivista —aun cuando muchos de sus actores no aceptasen tal adscripción— y la necesidad, por un lado, de consolidar la institución literaria y, por otro, de establecer las claves explicativas y diferenciadoras de la cultura nacional. De ello dan ejemplo suficiente la pionera *Historia da literatura brasileira* (1888) de Silvio Romero, orientada a “encontrar as leis que presidiram e continuam a determinar a formação do gênio, do espírito, do caráter do povo brasileiro” y a “mostrar as relações de nossa vida intelectual com a história política, social e econômica da nação” (¿2007?); textos como “Literatura venezolana” (1903) de José Gil Fortoul o *La literatura venezolana en el siglo XIX* (1906) de Gonzalo Picón Febres; o una de las empresas más ambiciosas de la época: los 8 volúmenes de la *Historia de la literatura argentina*

on Teresa de la Parra’s work: “Influencia de la mujer en la formación del alma americana” (1931), a reading certainly close to some issues of postmodern thinking, given that the author decides to read history from a gender perspective.

Key words: Latin America, 20th Century, Pedro Henríquez Ureña, Teresa de la Parra, Historiography, Literary History.

(1917-1922) de Ricardo Rojas. Ese inmediato origen querrá ser rectificado por críticos e historiadores de la siguiente generación como Henríquez Ureña, quien solicitara re-fundar las bases y las orientaciones de la historia literaria (aunque, a veces, silenciando las deudas con la historiografía de los años positivistas que, en cierta forma, hiciera posible la existencia de su propio discurso⁵).

Un buen ejemplo de la lectura fundacional e institucional del momento primero de la historiografía literaria en América Latina es el de Ricardo Rojas⁶. Auto-figurado como voz-representante de la “conciencia nacional”, legitimado por “el quilate filosófico de [su] nacionalismo”, el creador de la cátedra de literatura nacional en la Universidad de Buenos Aires —“donde se forman las clases dirigentes de la nación”—, valido de “la presunción de [su] ciencia” y “[su] vocación patriótica”, expresará la voluntad de constituir la memoria de la literatura nacional; “nuevo campo” sobre el que se desbrozará, “disipando muchas leyendas, rectificando numerosos errores, desvaneciendo tradicionales prevenciones y descubriendo, acaso, valiosas noticias en olvidados archivos”, otro tipo de empresa civilizadora: la instauración de un orden sobre la historia de la literatura. Fruto de una lectura sistémica, dicha historia suponía la fundación del canon, de paradigmas literarios; pero no fue la única función que se atribuiría la historiografía literaria.

Como comparsa necesaria del estudio de la “evolución” social y política que la historiografía positivista se había trazado como tarea para el estudio, institucionalización y transformación de la realidad nacional (tal como se intentara en otras zonas del continente: Sierra en México o Gil Fortoul y Vallenilla Lanz en Venezuela, p.e.), Rojas se dará a la tarea de fijar la “evolución de nuestras fuerzas espirituales”, mediante el “conocimiento de nuestra formación nacional”. La forja de la “conciencia del país” pasaba por la escritura de su historia literaria, cuya función primordial sería “revelar la vida íntima del alma argentina, mostrando las secretas corrientes de ideas, de pasiones, de emociones que a aquella alma agitaron”. Este posicionamiento —demiúrgico, épico-institucional— ante la historia literaria llevaría a considerar el objeto ‘literatura’ y su archivo como “monumento” de la nación: “[f]orma visible y perdurable de esas secretas corrientes que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo”; ello sería fundamental para el armado de las entelequias que simbólicamente constituirían la nación y el tejido de la conciencia que facultaría el poder pensar en su “alma”, la “argentinidad”⁷.

Si White declaraba de entrada que “[n]o puede haber *historia propiamente dicha* que no sea al mismo tiempo *filosofía de la historia*” (10), esta misión fundadora de la historiografía literaria en el tejido de la identidad nacional, ponía de relieve algo que será predominante desde entonces en América Latina, aunque con diversos signos: la abierta, intencional función política de la escritura de la historia⁸. No obstante esta imagen (o política) *institucional* de la misión de la literatura y la historiografía literaria, sería injusto negar que obras como las de Ricardo Rojas introdujeron, en y para la historia, la voluntad de leer el pasado como activo y organizado panorama, como proceso en el que la forja (romántica) de hitos heroicos era articulada ahora a la dialéctica progresiva de la historia social y política. A veces con una expresa intención de ir más allá de los límites de los meros datos y las divisiones rígidas⁹ o con una inédita independencia de criterio¹⁰, de cara a la sociedad burguesa moderna y su futuro —y de cara al concierto de las naciones—, Rojas, demiurgo del pasado, atendía a la necesidad de *definir* la particularidad que diera sentido —y lugar— a la idea de lo nacional, de “verificar” en el ámbito literario la existencia del “alma” argentina, apuntalada por las obras del “genio” nacional: el *Facundo*, las *Bases*, el *Martín Fierro*.

Apóstoles de la utopía

Con temor a equivocarme, diría que en los años veinte del XX se gestan los modos de pensar la historia sobre/ desde la literatura que recorrerán el resto del siglo. De algún modo, marcan la pauta que lleva a lecturas de la historia como las de Rama, Cornejo Polar o... sus desconstructores (Castro Gómez, Moreiras, por ejemplo). Y si alguien de aquellos años veinte ha capitalizado el interés sobre ese origen de la historiografía literaria moderna en América Latina, ha sido el Pedro Henríquez Ureña de *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945, en inglés) (Cfr. Gutiérrez Girardot: xviii y ss.). Aunque por esos mismos años aparece un texto de similar importancia, pero de menor fortuna, ceñido a un solo período de la historia: *De la conquista a la independencia* (1944) de Mariano Picón Salas, habrá que esperar hasta el borrador de *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama para, desde otra perspectiva, encontrar una empresa de tal magnitud¹¹. Sin embargo, la maqueta del edificio que son sus *Corrientes...* se halla en un texto de los años veinte:

“Caminos de nuestra historia literaria” (1925), de alguna manera cimentado en un par de ensayos de índole más general: “La utopía de América” y “Patria de la justicia” (1925), y acompañado por otro que discute directamente políticas literarias del momento, “El descontento y la promesa” (1926). En esos textos se hallan algunos de los “criterios” sobre los que se asentará su paradigmática obra historiográfica del medio siglo.

Procedente de su experiencia en los inicios de la revolución mexicana, el discurso de Henríquez Ureña, haciéndose eco de ese “momento de crisis y de creación” (3), quiere alejarse del cientificismo o la institucionalidad de los positivistas y se impregna de un cierto espíritu mundonovista¹² y contracultural¹³. No obstante, aunque admirado por Mariátegui¹⁴, Henríquez Ureña está lejos de inscribirse plenamente en el espíritu de las vanguardias artísticas y políticas de esos años, aun asimilándolas parcialmente. De hecho, en los textos de esos años tratará de funcionar como fiel de balanza entre las fuerzas en pugna. De ahí, su empeño, visible en “El descontento y la promesa” y “Caminos de nuestra historia literaria”, por mediar equilibrada, armoniosamente entre los grandes temas y polémicas de entonces: tradición y renovación, americanismo (paisajismo, indigenismo o criollismo) y cosmopolitismo, imitación y originalidad¹⁵, política y sensibilidad.

La “utopía de América” será su terca consigna en esos años y se cargará de un claro acento martiano; aunque el modelo sea la Grecia de Platón, el origen —espacio primigenio que ya habría fijado Rodó—, la bandera pasará por otras claves, acriollándola, mestizándola (suerte de Platón + Martí): resistencia ante “la barbarie de afuera” y educación emancipadora para acercarse “a la justicia social y a la libertad verdadera” (6). Pero, a la reivindicación de la “reforma social y justicia económica” y la “libertad perfecta del hombre individual y social”, añadirá una significativa coletilla: han de ser búsquedas normadas por “la razón y el sentido estético” (7). La cultura ya no quedará supeditada a la superior política; más que coronamiento, será, de hecho, principio rector, cargándose así su discurso de un arraigado acento arielista, al punto de que el “espíritu” (es decir, la cultura) se presentará como condición *sine qua non* del logro de la “utopía de América”; ello se expresa, entre otras cosas, en su postulación de un nacionalismo “espiritual” (5). El porvenir de una futura América unida ya no dependerá de la abundancia o no de riquezas materiales, ni se cifrará en las producciones culturales de la tradición, ni en la política o

en la economía: “en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu el que nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu sólo, y no la fuerza militar o el poder económico” (6). Esta suerte de americanismo culturalista será el que presidirá en Henríquez Ureña su modo de encarar la historia. Sintomáticamente, al mismo tiempo que piensa en la concreción futura de la utopía, pauta las bases para leer la tradición. En este sentido “La utopía de América” y “Caminos de nuestra historia literaria” forman una inextricable unidad de pasado y futuro: desde la vocación utópica se piensa la historia.

“Caminos de nuestra historia literaria” se inicia con el reclamo de una ausencia: a la fecha, sólo un inglés y un alemán se han atrevido a “poner orden en [el] caos” (45) de la historia literaria de la América española. La preocupación señala un cambio de alguna relevancia respecto de las historias literarias nacionales ya publicadas: el nacionalismo de Henríquez Ureña se inscribe en el ideal utópico de la “patria grande” (Bello, Bolívar, Rodríguez, Martí, Rodó...). El objetivo del texto será reparar la ausencia (algo que el autor cumplirá un par de décadas después) y, para ello, hará énfasis en los criterios que deben presidir la empresa historiográfica, la construcción de la memoria literaria y cultural. En “Caminos...” se insistirá en el abandono de las discusiones que abundaban en la época sobre nacionalismo y cosmopolitismo o el agotamiento de criterios tropicalistas y exotistas como el del clima o la exuberancia hispanoamericana. Igualmente cuestionará la exhaustividad como *modus operandi* de la historiografía: “grave error cuando se quiere hacer historia, es el que pretende recordar a todos los héroes” (46). En cambio llamará la atención sobre la imperiosa necesidad de “poner en circulación tablas de valores” (otras “tablas de valores”, querrá decir), cuya pauta será finalmente el canon continental, *sus* clásicos: “nombres centrales y libros de lectura indispensables” (*idem*).

La índole de esos “clásicos” determinará el modo de escribir la historia literaria y tendrá que ver con la “expresión” del ponderado nacionalismo o americanismo de Henríquez Ureña, ése que va más allá de los temas y es “la expresión superior del espíritu de cada pueblo”. Por ello: “nuestra historia literaria [...] podría escribirse como la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión perfecta; deberá escribirse como la historia de los renovados intentos de expresión y, sobre todo, de las expresiones

realizadas” (46-7). De ese modo, la historia literaria se constituirá en el relato del canon que *diferencia* y, en ese sentido, *constituye* la utopía de América: “Si la historia literaria pide selección, pide también sentido del *carácter*, de la originalidad: ha de ser la historia de las notas nuevas —acento personal o sabor del país [...]— en la obra viviente y completa de los mejores” (52). El resultado será, pues, un relato canónico menos alejado de lo que se quisiera, por ejemplo, del cientificismo positivista, o del nacionalismo institucionalista de Ricardo Rojas, aunque el esbozo del tejido de lo nacional o americano mostrará una mayor amplitud de miras:

en la historia literaria, tengamos ojos [...] para las imágenes que surgieron, nuevas para toda mirada, de nuestros campos salvajes y nuestras ciudades anárquicas: desde la “sombra terrible de Facundo” hasta *Ismaelillo*; aun la visión de paz y esplendor que situábamos en Versalles o en Venecia fue el íntimo ensueño con que acallábamos el desorden ambiente¹⁶. La expresión genuina a que aspirábamos no nos la dará ninguna fórmula, ni siquiera la del “asunto americano”: el único camino que a ella nos llevará es el que siguieron nuestros pocos hombres fuertes, el camino de perfección, el empeño de dejar atrás la literatura de aficionados vanidosos [...] y alcanzar claridad y firmeza, hasta que el espíritu se revele en nuestras creaciones acrisolado, puro (56).

El “duro” efecto actual de la palabra “puro” está relacionado en el fragmento con una fórmula que resulta, aún más, abiertamente ríspida: “hombres fuertes”, de claras resonancias darwinianas. Ello tiene que ver con uno de los aspectos de más difícil digestión en el modelo historiográfico propuesto por Henríquez Ureña: el carácter religioso que adquiere el canon de la futura (gran) nación utópica, la imagen de panteón que corona la historia (“edificio” tampoco ajeno a los “estilos” de la historiografía positivista).

La consagración del paradigma (los “hombres fuertes”) se halla, de hecho, en el ensayo “La utopía de América”. Son los constructores del “espíritu” nuestro-americano, en sus palabras, los “hombres magistrales”, “creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia”, “verdaderos representativos de nuestro espíritu”. Es, pues, la estirpe de los “apóstoles” (10): Sarmiento, Alberdi, Hostos, Rodó... La América ideal transparentada en este

ensayo, que avanza el proyecto expresado en “Caminos de nuestra historia literaria”, viene a ser entonces una politizada “nación de los espíritus”, cernida por un proceso de *depuramiento* que hará bueno el deseo de Rodó en su *Ariel* para la América del futuro: la (darwiniana) puesta en práctica de un indispensable proceso de “selección espiritual” (Rodó: 30). Con una leve o complementaria diferencia: la nación utópica de Henríquez Ureña, tendrá concreción en su pasado y sus “valores”, y su historia —como el futuro de *Ariel*— se imaginará como una operación conscientemente jerárquica y excluyente:

Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. Con sacrificio y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas [...]

La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó (46-7).

Felizmente, un par de décadas más tarde, cuando aparezcan *Las corrientes literarias de la América hispana*, Henríquez Ureña se habrá deslastrado de las más gruesas herencias positivistas y arielistas, y la lectura de la historia hará un énfasis mayor en el armado y sentido del proceso literario e intelectual. Y aunque los héroes literarios no hayan desaparecido, ganará terreno la lectura explicativo-crítica que permite al lector deshilar la madeja —flexible y progresiva— del americanismo desde su fundación imaginaria, inspirada en el pensamiento utópico del Renacimiento europeo, hasta la adquisición, durante el modernismo, de un lenguaje literario de acento propio, convirtiendo en acto pleno las declaraciones de independencia intelectual que hiciese Bello en sus silvas.

Historia alterna y menor

En los mismos años veinte, se producirá al menos otra manifestación historiográfica que se distanciaría con mayor claridad de los presupuestos de la

historiografía positivista. Es el caso ya mencionado de “El proceso de la literatura” de José Carlos Mariátegui. Limitado al ámbito de la literatura peruana, respecto del proyecto historiográfico de Henríquez Ureña, el texto de Mariátegui acentuará radicalmente su carácter polémico, abandonando la pretensión —presente en Rojas— de ser la voz representativa de la nación. Mariátegui, en cambio, ante la “inconfesa parcialidad ‘civilista’ o colonialista” de autores como Riva Agüero, confesará su “explícita parcialidad revolucionaria o socialista” (1975: 211). Tal “parcialidad” lo llevará a asumir el modelo literario de un indigenismo vanguardista, aún en “período de germinación” (303) y nunca bien explicado, salvo por su asunción del indio como centro indiscutido de la nación y como alternativa frente a las expresiones literarias del nacionalismo burgués —el criollismo y sus variantes o las elaboraciones que adscriben las tesis del mestizaje. Lo llevará también, desde un estrado que se quiere de momento “periférico”, a leer el “proceso” de la literatura en términos claramente ideológicos y casi judiciales. Del juicio, apenas obtendrán un equívoco veredicto absolutorio, poetas como el Vallejo de *Trilce*, por ser vocero de una “nueva sensibilidad” (291) o una poeta como Magda Portal, cuyos textos expresan desde el género los aires de una emancipación (298)¹⁷. Sin embargo, quisiera detenerme aquí en otro caso menos conocido que el de Mariátegui, que da cuenta de otro tipo de voluntad diferenciadora, cuyo énfasis, en tema y perspectiva, se colocará en la diferencia de género, para diseñar otra “especie” de nación¹⁸.

Pocos años después de las propuestas de Henríquez Ureña o Mariátegui, en 1931, con y sin ánimo de polemizar ante esas formas de leer la historia del continente —y con y sin ánimo de re-escribirla—, entra en escena Teresa de la Parra con sus conferencias sobre la “Influencia de las mujeres en la formación del alma americana”, desde la Conquista a los años de la Independencia. Los textos de esas conferencias no están referidos a la literatura; la historia allí se imagina *desde* la literatura y permitirá pensar en la centralidad de otro sujeto de la historia y en otro “estilo historiográfico” (White), lo que es decir: en las fisuras de modelos como el de Ricardo Rojas o Pedro Henríquez Ureña o incluso Mariátegui (a pesar de su inclusión de Magda Portal y aun si se excusase la ausencia capital de Clorinda Matto de Turner). Como si, en esos textos, Teresa de la Parra señalase los *lapsus* del discurso masculino y esbozase, amablemente y en engañosa apariencia de descuido o ingenuidad, el gesto de la re-

sistencia, de los que hablara de Certau al referirse a aquello que la escritura de la historia excluye:

[el] desperdicio abandonado al seleccionar el material, resto olvidado en una explicación, vuelve, a pesar de todo, a insinuarse en las orillas y en las fallas del discurso. “Resistencias”, “supervivencias” o retardos perturban discretamente la hermosa ordenación de un “progreso” o de un sistema de interpretación. Son *lapsus* en la sintaxis construida por la ley de un lugar; prefiguran el regreso de lo rechazado, de todo aquello que en un momento dado se ha convertido en impensable para que una nueva identidad *pueda ser pensable* (18).

Tanto en sus novelas como en las conferencias dictadas en Bogotá, el caso de Teresa de la Parra es, sin duda, complejo (y por demás interesante). En sus escritos, se traban (conscientemente) nostalgias conservadoras (en especial por el pasado colonial) de dura digestión¹⁹ con irreverentes críticas al mundo de la modernización²⁰ y la masculinidad, y acaso la ironía sea el *lugar*²¹ que más convenga para definirlos. Incluso su feminismo es dual (el “moderado” que usa para autodefinirlo no resulta del todo fiable)²².

Si la incipiente historiografía intentaba racionalizar la lectura del pasado, poner orden y dar sentido, convertir la tradición en institución, en tonos que buscaban legitimarse expresando la solemnidad e incluso la severidad de un ejercicio sacro y patriótico, fundacional, Teresa de la Parra introducirá su discurso con signos y tonos de índole inversa: desorden y humor. Empezará nada menos que por distanciarse de la polémica proliferación de signos para nombrar el continente: “latino-americana, iberoamericana, hispanoamericana, indoamericana o indohispanoamericana”; “combinaciones” que, para la autora, “no tienen ligereza, no tienen alas, no tienen gracia”, y parecen más bien fruto del “snobismo criollo naturalizado en el extranjero, origen de algunos bienes, pero de muchos males y de muchos pecados contra el buen gusto”, y portadoras “por [su] oposición con las otras, [de] una fórmula de disgregación” (476). Teresa de la Parra atribuirá tales desmanes terminológicos (de los que no se le escapa la disputa ideológica que encierran) al desempeño del mundo de lo masculino. Mundo de “discordia” en el presente y la historia, será opuesto al sujeto olvidado por la historiografía existente:

Yo creo que mientras los políticos, los militares, los periodistas y los historiadores pasan la vida poniendo etiquetas de antagonismos sobre las cosas, los jóvenes, el pueblo y sobre todo las mujeres, que somos numerosas y muy desordenadas, nos encargamos de barajar las etiquetas estableciendo de nuevo la cordial confusión (477).

A partir de allí, de la Parra organizará *otra* historia. Sin duda hay en ella juicios más que discutibles (especialmente su empeño en borrar contradicciones; estrategia que quiere responder a su voluntad de partida: la contravención de las escrituras masculinas), pero no cabe duda de que su escritura incorporó figuras y elementos que habían sido desestimados o silenciados hasta entonces por este tipo de discursos, centrados en la monumentalidad de hombres, acontecimientos y obras.

El primer protagonista (a medias) *menor* de la historia contada por de la Parra ilustrará el alcance de su amable contradiscurso: frente a la excesiva figura del Padre Las Casas invitará a escena a “las mujeres de la conquista”, llevando a ella, por supuesto, los límites de su concepción del devenir histórico (y de su feminismo): “Obscuras Sabinas, obreras anónimas de la concordia, verdaderas fundadoras de las ciudades por el asiento de la casa, su obra más efectiva a través de las generaciones es su empresa silenciosa de fusión y amor” (477). Sobre esas “primitivas fundadoras”, entre las que destacan figuras como la de Isabel, madre del Inca Garcilaso, o la Malinche, advierte significativamente: “Sus vidas humildes llenas de sufrimiento y de amor *no se relatan*” (478; cursivas mías); vidas decisorias como las de doña Marina “se dejan de contar porque l[a]s ahoga el tumulto de las acciones militares. Son cuentecillos que no convienen a la pompa oficial de la historia cuyo campo de acción se extiende con preferencia sobre escenas de destrucción y de muerte” (480).

Su distanciamiento de la “pompa oficial de la historia” y su aversión a los oficios graves de la escritura le harán atender a géneros menores —canciones, relatos orales— o a cronistas improvisados y frescos como Bernal Díaz del Castillo, justamente porque están más cerca de la fábula que del discurso historiográfico. Si “letrados y conocidos escritores, Gómara entre ellos, han alterado la verdad al escribir las crónicas sobre la Conquista” (483), de la Parra celebra a Díaz del Castillo, por no ser “hombre de letras sino un tosco soldado”

y llenar sus crónicas de “detalles triviales”, que son “aquellos que quedan prendidos en la memoria como por caprichos de la gracia y que son en su humildad toda la poesía del recuerdo” (484). Más allá del caso específico de Díaz del Castillo, su preferencia por él tiene que ver con su general poética historiográfica. Como anticipando la crítica de algún receptor que pueda cuestionar su competencia en asuntos de historia, declarará:

Estoy segura de que no desbarro y de que es casi un deber proclamar la superioridad moral de este género de narraciones. Junto a ellos la verdad histórica, la otra, la oficial, resulta ser una especie de banquete de hombres solos. Se dicen con etiqueta alrededor de una mesa, cosas inteligentes y se pronuncian discursos elocuentes a los cuales no acude el corazón porque surgen de reuniones forzadas. Son rumores de falsas fiestas. Excluidas las mujeres se ha cortado uno de los hilos conductores de la vida (484).

Más adelante añadirá: “mientras la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o historia de los no historiadores es absoluta” (486).

En estos textos de Teresa de la Parra es obvia su aversión a la escritura profesionalizada en general y a la historiografía en particular. Difícilmente pueden digerirse su dulcificación de las violencias de la historia o su resistencia ante cambios históricos como el que supuso la emancipación o la asociación algo plana (y machista) de la mujer con la concordia, la poesía y la naturaleza, por más que algunos hombres —Juan de Castellanos o Bernal Díaz del Castillo— se articulen con cierta comodidad a la imagen de lo femenino. Sin embargo, esta lectura coyuntural de de la Parra, intencionalmente “liviana”, difícilmente pueda descartarse a la hora de hacer el arqueo de los distintos modos de imaginar las naciones de la historiografía. Su expreso marcaje de olvidos y silencios aporta otros elementos para la construcción más democratizada de la memoria de la nación/ continente, aquí abiertamente descentrada respecto de la historiografía masculinista (literaria o no).

Sin querer agotar el recuento de esos “otros elementos”, pueden mencionarse, entre otros: ante todo, la posibilidad de leer la historia *desde* la función decisiva cumplida por la mujer; la valoración de escenas cotidianas, acontecimientos *menores* que pueden revelar aspectos centrales de la vida de una sociedad o una cultura —por ejemplo: sus observaciones sobre la vida

conventual de la Colonia, refugio del machismo reinante de la que surgen figuras capitales como Sor Juana; el valor cultural de la “mesa criolla” (algo que mucho después Lezama Lima incorporará a su lectura de la historia cultural en “La expresión americana”); o la religiosidad anticlerical de las mantuanas criollas como forma de protesta ante la expulsión de los jesuitas (512)—; la incorporación a la memoria literaria de escritoras mantuanas obligadas a disfrazarse tras seudónimos, como la colombiana Amarilis, celebrada por Lope y Menéndez Pelayo; el rescate de figuras intelectuales de primer orden silenciadas por las historiografías, como Simón Rodríguez; o la provisión de otras imágenes respecto de los héroes de la historia: la de un Bolívar mundano o suicida, por ejemplo²³.

Por lo demás, textos como los de Teresa de la Parra, en un sentido, anticipan algunas sacudidas a los “archivos de la memoria” que ocurrirán muchas décadas después —la revaloración de lo cotidiano o lo “menor” en la historiografía, las lecturas de género— y recordará, con Pratt, que la escritura de la historia, como la de la nación o la identidad, “es interminablemente incapaz de dar cuenta de la totalidad social. Está interminablemente expuesta a ataques, desafíos, contrahegemonías y formaciones alternativas que la obligan a afirmarse y reafirmarse a través de *la negociación y la fuerza*” (52) —precisión que, a partir de Pratt, ya apuntaran Salomone y Cisternas. En otro sentido, anticipan también un “estilo” que aún encuentra gran resistencia: ese que se deriva de lo que Teresa de la Parra entendía como el principal empeño de Simón Rodríguez en la enseñanza de Bolívar: “se dedicó al difícil estudio de que no aprendiese nada” (516).

Notas

¹ Así, por ejemplo, Hayden White, partía de la idea de que: “Las historias combinan cierta cantidad de ‘datos’, conceptos teóricos para ‘explicar’ esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. [...] [A]demás tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética” (8). Del mismo modo insistía en cuestionar el problema de la ‘veracidad’ o el ‘realismo’ del discurso historiográfico, para centrarse más bien en el análisis de sus estrategias, modos y tonos narrativos o en las implicaciones ético-ideológicas.

Igualmente, Michel de Certeau recusaba por dogmática la pretensión de realismo en el discurso sobre la historia (“hacer la ley en nombre de lo real”): “*La historiografía* (es decir ‘historia’ y ‘escritura’) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja —y casi el oxímoron— de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos [...], hacer *como* si los uniera” (13). Asimismo, destacaba, respecto de su funcionamiento *en sociedad*, que “[l]a historia no es una crítica epistemológica. Siempre quedará como un relato”, destinado a “la *creación* de modelos”, inscritos “en una economía particular (o histórica) de la producción social” (59). En este sentido, no deja de ser sugestiva su idea de que “la historia ha tomado el relevo de los mitos ‘primitivos’ o de las teologías antiguas desde que la civilización occidental dejó de ser religiosa; y en el mundo político, social o científico se define por una praxis que compromete por igual sus relaciones con ella misma y con otras sociedades. El relato de esta relación de exclusión y fascinación, de dominación o de comunicación con el *otro* [...], permite a nuestra sociedad narrarse a sí misma gracias a la historia”, y es así, según de Certeau, desde “la genial identificación, iniciada por Michelet, entre la historia y la autobiografía de una nación, de un pueblo o de un partido” (61).

- ² Tal es la propuesta explícita de White o de Certeau para sus reconstrucciones del XIX europeo o de la historiografía religiosa moderna respectivamente. Por lo demás, el subtítulo de *Las palabras y las cosas* de Foucault no es otro que “*Una arqueología de las ciencias humanas*”, en una sutil y significativa sustitución del término ‘historia’.
- ³ El presente trabajo, a pesar de lo que parece ofrecer el título, no se inscribe sino tangencialmente en el marco de los estudios de género. Tiene que ver más bien con mi interés por las representaciones discursivas de la nación, aunque aquí, como espero mostrar, la sexualidad marque la “diferencia” de un modo apreciable.
- ⁴ En este sentido son excepcionales trabajos como los de González (2002 [1987]), Montaldo (1993), Salomone y Cisternas (2002), Funes (2003) o Kaempfer (2006).
- ⁵ En “La cultura de las humanidades” (1914), Henríquez Ureña asienta explícitamente sus diferencias —y las de sus compañeros del Ateneo de México— respecto de la “doctrina positiva”. Por lo demás, se sabe, no es fácil hablar de positivismo a secas, pues con frecuencia en casi todo el continente, el mismo exhibió un rostro complejo y heteróclito, cuya huella aparecía donde menos podría esperarse. Así, no será extraño encontrar huellas del positivismo en ciertas zonas del espiritua-lismo de comienzos de siglo: sea en un texto como *Ariel* de Rodó —por ejemplo, en lo que hace a su idea de la darwiniana “selección espiritual”—, en la empresa historiográfica de Rojas o, por qué no, como sugeriré más adelante, en el propio Henríquez Ureña.

- ⁶ Para un acercamiento a la historiografía de Rojas, además de Montaldo y Funes, pueden revisarse los ensayos de Altamirano (1983), Zubieta (1987), Santos (2000) y, aunque no se centre en la historia literaria, la pertinente lectura que hace Degiovanni en *Los textos de la patria* (2007).
- ⁷ No otra cosa que “aquella síntesis formada en la conciencia colectiva del país, por la cenestesia de su territorio y de su Estado (cuerpo de la nación) y por la memoria de su pueblo y de su idioma (alma de la nación): todo ello concretado en un ideal que sea a la vez filosofía histórica de nuestros orígenes y filosofía pragmática de nuestro porvenir (Rojas)” (2006).
- ⁸ Aunque desde un *lugar* bien diferenciado del de Rojas, viene muy a cuento la conocida y polémica confesión de Mariátegui (que probablemente Hayden White desconociese): “Declaro sin escrúpulos que traigo a mi exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas” (1975: 209). Patricia Funes pensaba en este tipo de manifestaciones proliferantes en los años veinte —aunque no tan desenfadadas como las del peruano— cuando afirmara que, con ello, “se rompe [...] con una consideración exclusivamente *estética* del hecho literario y con la concepción de las *bellez letres* que la sustentaba” (101). También recordaba Funes que, en esa década, Luis Alberto Sánchez propuso a consideración una “ciencia” cuyo nombre podría ser “Socioliteratura” (*idem*). La “socioliteratura americana”, en general de muy precaria elaboración, presidirá como punto de partida ineludible la “Advertencia” que hace Sánchez a su *Breve historia de la literatura americana* (1937).
- ⁹ Así, por ejemplo, en la “Introducción” a su *Historia...* Rojas señalaría que “la vida espiritual de una nación es difusa y continua, como lo revelan sus letras, y no puede encasillarse en zonas y fechas tan definitivas. El método de esta división cronológica puede tener ventajas didácticas, pero no filosóficas” (2006).
- ¹⁰ “No acertaría quien pretendiese explicar nuestra evolución literaria por los procedimientos y sistemas que eximios críticos europeos, como Macaulay, como Carducci, como Taine, han seguido para explicar literaturas más antiguas y orgánicas que la nuestra. Lo breve de nuestra historia, y la abundancia de elementos foráneos que han venido a formar nuestra civilización —comenzando por el idioma castellano de nuestras letras— bastarían para requerir una substitución del instrumento crítico en la explicación de nuestro fenómeno literario” (2006).
- ¹¹ No puede olvidarse, en ningún caso, un texto como *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) que, sin pretenderlo de forma manifiesta, aporta elementos fundamentales para una historia social de la literatura y la cultura latinoamericanas. (El Rama que no llegó a dar forma definitiva a *La ciudad letrada* conoció el texto de Romero, del que sin duda tomó algo más que el pie; así queda claro en su *Transculturación narrativa...*).

- ¹² Y digo “mundonovista” no sólo por la idea de re-fundación, que no es ajena a Henríquez Ureña. También por la imagen que el dominicano transmite de América, frente a Europa o los Estados Unidos. En este sentido, frente a la fatiga de las metrópolis, este “Nuevo Mundo”, antes que dispuesto a “ofrecer suelo nuevo para la explotación del hombre por el hombre”, ha de ser “tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas”, lugar del “hombre libre” (11). Repitiendo así un ciclo que tuvo grandes estaciones en los años de la conquista y la emancipación.
- ¹³ Ello se expresa en varios aspectos de relevancia, presentes en especial en textos como “La utopía de América” y “Patria de la justicia”. Su idea de cultura, por ejemplo, trata de diferenciarse de las dominantes en el s. XIX. Además de verla como un capital “instrumento” de transformación, Henríquez Ureña, como Picón Salas pocos años después, acentuará su función social y querrá distanciarse de aquellos intelectuales finiseculares que hacían el juego a la “era del capital disfrazado de liberalismo”: esos “diletantes exclusivistas” que concebían la cultura como “huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos” (4). Y sentenciaba, marcando el signo del cambio en la idea de cultura: “No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular” (4-5). De hecho, en “Patria de la justicia” llegará a decir por dos veces: “El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura” (11).
- ¹⁴ En una reseña que hiciera tras la aparición de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, diría Mariátegui: “Henríquez Ureña confirma y suscribe el principio de que la crítica literaria no es cuestión de técnica o gusto, y de que será siempre ejercida, subsidiaria y superficialmente, por quien carezca de una concepción filosófica e histórica. El hedonismo tanto como el eruditismo y el perceptivismo, están definitivamente relegados a una condición inferior. [...] se clasificará invariablemente en una categoría secundaria al crítico que con la ciencia y el gusto no posea un sentido de la historia y del universo, una *welstanschauung*” (“*Seis ensayos en busca de nuestra expresión* por Pedro Henríquez Ureña” (1970: 75). Por lo demás, es obvia cierta resonancia del título de Henríquez Ureña en los *Siete ensayos de interpretación...* de Mariátegui.
- ¹⁵ Por lo que respecta a los problemas que se derivan del modelo literario a seguir o construir, Henríquez Ureña, en sus textos de los años veinte, muestra una actitud que revela su independencia de criterio y su ansia de superar las discusiones al uso —como en cierta forma ya lo hiciera también Ricardo Rojas—, y a veces también un cierto talante irreverente. Así, dirá a propósito del problema de la imitación: “Tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental” (53); “Cualquier

literatura se nutre de influjos extranjeros, de imitaciones y hasta de robos” “...el caso es grave cuando la transformación no se cumple, cuando la imitación se queda en imitación”, “hombres que no padecen ansia de creación” (54). O respecto del “palpitante” problema del indigenismo dirá: “la ruta del *indigenismo* está llena de descarrilamientos” (55). Su forma de encarar críticamente el problema lo acerca a las posiciones de Mariátegui sobre el tema. De este modo, dirá sobre textos de Cuauhtémoc de Noriega, Zorrilla de San Martín, José Joaquín Pérez, Galván: “Si son hermosos [...] el material nativo sólo de manera exterior o incidental influye en ellos”. Y señalará “la vía”, que anticipa la figura del “transculturado”, el antropólogo de Rama: “En días recientes, hemos comenzado a penetrar en la esencia del arte indígena: dos casos de acierto lo revelan, los estudios sobre música del Perú y Bolivia, apoyados en la definición de la escala pentatónica, y sobre el dibujo mexicano, con la definición de sus siete elementos lineales. Esa es la vía” (55). Sin embargo el marcaje insistente de sus precauciones y distancias, lo alejarán por igual de Mariátegui y Rama: “nos falta conocer los secretos, las llaves de las cosas indias; de otro modo, al tratar de incorporárnoslas haremos tarea mecánica, sin calor ni color. // Pero las fuentes no son el río [...] No hay por qué apresurarnos a definir nuestro espíritu encerrándolo dentro de fórmulas estrechas y recetas de nacionalismo” (56).

¹⁶ En “El descontento y la promesa”, Henríquez Ureña arriesga un suscito guión de la historia literaria del s. XIX que, ampliado a etapas que no se mencionan —Conquista y Colonia—, serán *Las corrientes...* El recorrido será a la vez un resalte del modelo del americanismo a seguir. Así, Bello, “patriarca, creador de civilización”, “proclamaba la independencia espiritual” en sus silvas americanas; a su fundación concurrían Heredia, Fernández de Lizardi, B. Hidalgo. A esa etapa le seguiría la “olvidadiza y descontenta” generación romántica, de la que destaca a Echeverría como “teorizante” (de él cita: “El espíritu del siglo lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria”; “ciudadanía en arte como en política”), aunque sus mejores obras estén en el *Facundo* y el *Martín Fierro*. Tras ella, el Modernismo será presentado como el movimiento plenamente americano. Significativamente lo encabeza Martí (el que expresara: “A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela [...], a la que robustece y levante el corazón de América”); lo sigue Rubén Darío, pero más el de la oda a Roosevelt, “Canto a Argentina” y “Viaje a Nicaragua” que el de *Prosas profanas*; y lo “corona” Rodó (quien, sobre Montalvo, dice lo que el propio Henríquez Ureña tiene en mente: “sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano” (34-35). No deja de ser clara la preferencia de Henríquez Ureña por una literatura centrada en la que el

quehacer intelectual americanista es decisivo, por los “grandes hombres”, héroes literarios (a los que me referiré en lo inmediato).

- ¹⁷ Aunque desde otra perspectiva, quizás más cercana al costado martiano de Henríquez Ureña, no deja de ser significativo que Mariano Picón Salas inicie su *De la conquista a la independencia* (1944) con proposiciones de este estilo: “...ya se plantea, desde el momento en que los pobladores europeos arraigan en el nuevo mundo, el que será permanente conflicto de la vida cultural criolla: la presencia de elaboradas formas extranjeras, de una cultura foránea que sirve a las minorías privilegiadas, pero un tanto indiferentes a la realidad de la tierra, y el cúmulo de irresueltos problemas que brotan de las masas indias o mestizas” (18-9).
- ¹⁸ Este es justamente el punto de partida del texto de Salomone y Cisternas (2002), al que lamentablemente llegué un poco tarde. Espero aquí poder añadir algún giro diferente y quizás algo más a lo ya señalado por las autoras.
- ¹⁹ Aunque el trabajo de Garrels (1985) se centra en *Las memorias de Mamá Blanca*, en sus primeras páginas incorpora con frecuencia una crítica bastante frontal de la particular visión idílica que sobre la Colonia desarrolla la autora en las conferencias de Bogotá; visión compatible con la que habría dibujado de modo más implícito en su novela. Está lejos de mi intención cuestionar los reparos de Garrels; incluso los suscribo. Quizás ciertos lectores no puedan disculpar el hecho de que no resalte aquí los varios aspectos cuestionables de la “evaluación” de la historia que hace Teresa de la Parra —y no es por falta de espacio—, del mismo modo que sí lo intenté en el caso de la crítica a los ensayos de los años veinte de Henríquez Ureña, con un claro descuido de sus aciertos —*idem*. Con ello, el diseño en blanco y negro del artículo, facilitado y amplificado por el asunto de la diferencia (simbólica) de género, gana un terreno apreciable. Aun así, he optado por esta fórmula no sólo por una cuestión de “efecto” discursivo (algo efectista), también para marcar aspectos que, creo, no han sido expuestos suficientemente respecto de ambos autores. (En todo caso, en mi trabajo de 1992, algún lector podrá encontrar una lectura más “positiva” del dominicano —aunque, para ese texto, el tiempo no ha pasado en vano).
- ²⁰ Un pasaje que habla tanto de su posición ante la modernización, como del costado irónico de su perspectiva puede ser el siguiente: “Digan lo que quieran sus detractores, [la de su presente] es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante, en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias. Como a esos amigos simpáticos, puntuales y un poco egoístas, reúne a muchas ventajas, la de que no podamos quererla demasiado. Sabe borrar a nuestro paso las pequeñas tragedias sentimentales y como nos ha libertado de muchos grandes terrores suele tenernos el corazón frotado, confortable y medio vacío como

la sala de baño de un gran *Palace*” (490-491). En cambio, al hablar de la Colonia, Teresa de la Parra no sólo borra toda contradicción, sino que, asociándola a lo femenino y la infancia —con frecuencia mitificada en sus escritos—, la carga de muchos de los valores que la autora se cuida de someter a ironía: “Nuestra época colonial hispano-americana [...] forma un período *de fusión y de amor* en el cual impera un régimen de *feminismo sentimental a la moda antigua* que termina al comenzar las guerras de la Independencia. [...] dentro de su *gracia fraternizamos* con entera *naturalidad* todos los países de la América Española. Como casi no ha dejado huellas [...] sólo ha llegado hasta nosotros *lleno de encanto* por medio de la *tradicción oral*. Para hablar de la Colonia hay que tomar el *tono llano y familiar de la conversación y de los cuentos* [...] // *Ingenua y feliz como los niños y como los pueblos que no tienen historia*, la Colonia se encierra toda dentro de la Iglesia, la casa y el convento. [...] podría simbolizarla una voz femenina detrás de una celosía. *Desnuda de política, de prensa, de guerras, de industrias y de negocios es la larga vacación de los hombres y el reinado sin crónica ni cronistas de las mujeres*. [...] *Sobria y caballerosa*, como la Edad Media, *fina* como el siglo XVIII francés, tiene algo más trascendental que la bonita sonrisa de las marquesas que leían a Rousseau. [...] *Indolente, tolerante y voluptuosa por exigencias del clima, detrás de su indolencia está la fe, el sacrificio a fuego lento de la vida entera, el amor trágico lleno de celos al modo español y una necesidad de ensueño que se alimenta con ideales lejanos y espera la llegada de algo incierto en el vaivén de una hamaca*” (490; cursivas mías). No obstante, el rechazo a la modernización no será total (ver nota 20).

- ²¹ En otro trabajo, sobre Pedro Emilio Coll y ciertas zonas del modernismo literario —Lasarte Valcárcel (2005)—, sugería la posibilidad de considerar la ironía como algo más que una estrategia discursiva, sino como un modo básico de posicionamiento, un *lugar* discursivo caracterizado por su consciente descentramiento.
- ²² En la introducción a la primera de las tres conferencias hay un pasaje que ejemplifica bien la posición de de la Parra respecto del feminismo, que ciertamente podría considerarse “moderado”, si se acepta que a la vez es de un machismo moderado, o una suerte de híbrido entre radicalismo y tradicionalismo. Lo cito en extenso porque además ilustra la posición dual de la escritora ante la modernización, en tanto acoge un cierto principio democratizador respecto de la mujer (y es otra muestra de su perspectiva irónica, en especial cuando habla de los hombres y la política). A propósito de la protagonista de su novela *Ifigenia* (1924) dirá: “El diario de María Eugenia Alonso no es un libro de propaganda revolucionaria, como han querido ver algunos moralistas ultramontanos, no, al contrario, es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad contemporánea, la del bovarismo hispanoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura, y falta de aire nuevo en el ambiente. Disgústense o no los moralistas,

no se detiene una epidemia escondiendo los casos, como se hace a veces en ciertos puertos cuando a costa de la verdad y de la salud pública se quiere tener a todo trance carta de limpieza. Las epidemias se detienen con aire, con luz y con medidas de higiene moderna que neutralicen las causas, modernas también a veces, que produjeron el mal. La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres no se cura predicando la sumisión, la sumisión y la sumisión, como se hacía en los tiempos en que la vida mansa podía encerrarse toda dentro de las puertas de la casa. La vida actual, la del automóvil conducido por su dueña, la del micrófono junto a la cama, la de la prensa y la de los viajes, no respeta puertas cerradas. [...] Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, consciente de los peligros y de las responsabilidades, útil a la sociedad, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable, sino compañero y amigo. El trabajo no excluye el misticismo, ni aparta de los deberes sagrados, al contrario, es una disciplina más que purifica y fortalece el espíritu. Pero misticismo, sumisión y pasividad impuestas a la fuerza [...] produce [sic] peligrosas reacciones silenciosas, despierta el odio a la cadena, que en otro tiempo era buena, y agría las almas que en su apariencia de paz, tomando donde pueden sus represalias, acaban por hacerse sepulcros blanqueados. Los verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano, con que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo, podría haber sido mil veces noble y santa.// Cuando digo “el trabajo”, no me refiero a los empleos humillantes y mal pagados, en los que se explota inicua y a pobres muchachas desvalidas. Hablo del trabajo con preparación, en carreras, empleos o especializaciones adecuadas a las mujeres y remuneración justa, según sean las aptitudes y la obra realizada. No quisiera, que como consecuencia del tono y argumento de lo dicho, se me creyera defensora del sufragismo. No soy ni defensora ni detractora del sufragismo por la sencilla razón de que no lo conozco. El hecho de saber que levanta la voz para conseguir que las mujeres tengan las mismas atribuciones y responsabilidades políticas que los hombres, me asusta y me aturde tanto, que nunca he llegado a oír hasta el fin lo que esa voz propone. Y es porque creo en general, a la inversa de las sufragistas, que las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido la abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece, que junto con el de los mineros de carbón, es uno de los más duros y menos limpios que existen. ¿A qué reclamarlo? // Mi feminismo es mo-

J. Lasarte. Masculino/ Femenino...
Estudios 15: 30 (julio-diciembre 2007): 411-434

derado" (473-474). Más adelante opondrá a dos mujeres: Gabriela Mistral y Delmira Agustini, decantándose abiertamente por la chilena, ejemplo de "la rendición y dignificación de la mujer por la independencia pecuniaria y del trabajo" (476).

²³ Un seguimiento más puntual de las "novedades" de la historia representada por de la Parra puede hallarse en el citado trabajo de Salomone y Cisternas.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (1983) "La fundación de la literatura argentina" en *Ensayos argentinos*. Buenos Aires: CEAL.
- Barthes, Roland (1984 [1967]) "Le discours de l'histoire" en *Essais critiques IV. Le bruissement de la langue*. París: Éditions du Seuil, pp. 153-166.
- Certau, Michel de (1993 [1978]) *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana. 2da. ed.
- Degiovanni, Fernando (2007) *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Foucault, Michel (1973 [1970]) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI. 11^a. ed.
- _____ (1985 [1969]) *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI. 11^a. ed.
- Funes, Patricia (2003) "Leer versos con los ojos de la historia. Literatura y nación en Ricardo Rojas y Jorge Luis Borges". *Historia* 2: 22: 99-120.
- Garrels, Elizabeth (1985) *Las grietas de la ternura. Nueva lectura de Teresa de la Parra*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Gil Fortoul, José (1904) "Literatura venezolana" *El Cojo Ilustrado* XIII: 289: 17-25.
- González-Stephan, Beatriz (2002) *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1978) "Pedro Henríquez Ureña" en Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. ix-xxxvii.
- Henríquez Ureña, Pedro (1978) *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Hobsbawn, Eric (2002) "Introducción: La invención de la tradición" en Hobsbawn, E. y Terence Ranger (eds.). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, pp. 7-21.
- Kaempfer, Álvaro (2006) "Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: genocidio, historiografía y proyecto nacional". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XXXII: 63-64: 9-24.

- Lasarte Valcárcel, Javier (1992) "Prólogo" a Pedro Henríquez Ureña. *Del ensayo crítico a la historia literaria*. Alicante-Valencia: Instituto de Cultura Juan Gil Albert-Comisión del V Centenario de la Generalitat Valenciana, pp. 11-35.
- _____ (2005) "Ironía, (auto)crítica y descentramiento. Pedro Emilio Coll" en *Al filo de la lectura*. Caracas: Universidad Católica Cecilio Acosta-Ed. Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, pp. 117-130.
- Mariátegui, José Carlos (1970) *Temas de América. Obras completas de José Carlos Mariátegui*. Lima: Biblioteca Amauta, Empresa Editora Amauta, 2ª. ed.
- _____ (1975 [1928]) *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana: Casa de las Américas, 3a. ed.
- Montaldo, Graciela (1993) "Los pasos de la historia" en *De pronto el campo. Literatura argentina y tradición rural*. Rosario: Beatriz Viterbo, pp. 71-86.
- Parra, Teresa de la (1982) "Influencia de las mujeres en la formación del alma americana" en *Obra. (Narrativa, ensayos, cartas)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 471-528.
- Picón Febres, Gonzalo (1972) *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Caracas: Presidencia de la República, Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana.
- Picón Salas, Mariano (1982 [1944]) *De la conquista a la independencia*. México. Fondo de Cultura Económica, 8a. reimposición.
- Pratt, Mary Louise (1993) "Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XIX: 38: 51-62.
- Rodó, José Enrique (1985) *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2a. ed.
- Rojas, Ricardo (2006 [1917]) "Introducción" a *Historia de la literatura argentina* en <http://www.abanico.edu.ar/2006/05/rojas.historia.htm>. (visitada el 26 de junio de 2007)
- Romero, Silvio (¿2007? [1888]) *História da Literatura Brasileira en Literatura Brasileira. Textos literários em meio eletrônico* <http://alecrim.inf.ufsc.br/bdnupill/arquivos/texto/0006-00768.html> (Edição de base: Biblioteca Nacional-setor de obras digitalizadas) (visitada el 5 de julio de 2007)
- Salomone, Alicia N. y Natalia Cisternas (2002) "Identidades femeninas y reescritura de la historia en los ensayos de Teresa de la Parra". *Universum*, Año 17 en <http://universum.otalca.cl/contenido/index-02/salomone.html> (visitada el 30 de enero de 2008)
- Sánchez, Luis Alberto (1937) *Breve historia de la literatura americana*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- Santos, Susana (2000) "La tradición en las historias de las literaturas nacionales. Periodizaciones y autonomía" en Noé Jitrik (comp.). *Las maravillas de lo real*.

J. Lasarte. Masculino/ Femenino...
Estudios 15: 30 (julio-diciembre 2007): 411-434

Literatura latinoamericana. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 133-139.

White, Hayden (1992 [1973]) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zubieta, Ana María (1987) "La historia de la literatura. Dos historias diferentes". *Filología* XXII: 2.